

Teté Blanco

¿Cómo enfrentar un nuevo fenómeno en el mundo del libro?



La vida es un constante fluir. De los escribas egipcios a Gutenberg y de Gutenberg al presente ha habido muchos cambios. Aparecieron nuevos modos de trabajo que contribuyeron a expandir la cultura a una velocidad nunca antes concebida. Ahora estamos viviendo un momento similar. A lo largo del tiempo se ha acumulado un modo de concebir la organización de una poligrafía, una imprenta, una editorial, y a cada quien, en su día, le ha ido tocando un poco de estas transformaciones. Y toda modificación implica un riesgo que se asume con lo que ella significa. Ya ha quedado atrás, de hecho, aquel cajista que imponía la galerada en la platina, sacaba las pruebas con las líneas ya corregidas tratando de que no hubiese un empastelamiento, una línea caída al suelo por un fatal descuido o el famoso salto descubierto ya cuando el libro estaba impreso.

Ese mundo pasó, ha quedado en el recuerdo de los que aún conservan la memoria del olor a tinta, el calor del plomo hirviente, los cartoncitos que se insertaban entre palabras para abrir los espacios y ajustar las líneas, lo que hoy se resuelve aumentando el *track* con solo cambiar unos dígitos, sin el más mínimo asomo de nostalgia. Con la computadora u ordenador todo se ha acelerado para justificar las palabras del don Sebastián de *La verbena de la paloma*: «Hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad.» Al punto que en esos cambios, si bien se perdieron el cajista y el linotipista, han aparecido nuevos técnicos: el que introduce el texto, que está a medio camino entre el mecopista y el linotipista. Y el que trabaja con un programa para editar textos. Incluso hay quien opina que una sola persona puede ejer-

cer las tres funciones, con lo que el reajuste del sistema editorial (o poligráfico) se hace más que evidente. Pero no vayamos tan rápido como la tecnología (aun a riesgo de que nos pase por encima).

La velocidad que se imprime al proceso editorial es hoy enorme y fabulosa. Ya no hay que aporrear las teclas de las viejas Remington, Underwood, o las siempre inflexibles (a porrazos con ellas) de una Robotron o una Erika. El hecho es que los procesos fluyen velozmente, y esto es una ventaja indiscutible (también en aras de esa velocidad se violan pasos que antes se consideraban de estricto cumplimiento; en realidad, hoy se leen menos los procesos). Se acabaron los llamados chapisteos: papel, tijeras, cuchillas, bisturí, pinzas, soleta, tempera blanca, que hacían parecer a las cuartillas de los originales heridos salidos de un terrible combate. Una vez cuando la poligrafía tuvo todo el poder en sus manos, admitía cinco chapisteos por cuartilla. En las galeras cromo esta labor la hacía el realizador del departamento de diseño. Por cierto, el término *chapisteo* parece haber sido tomado de la jerga automotriz. Hoy todo se hace en pantalla. Aquí una pequeña digresión: la terminología, como es de suponer, ha cambiado también. Estamos en la etapa de las llamadas vacilaciones. En una editorial dicen *introducir* el texto, en otras se oye *cargar* el texto, más allá se escucha *digitalizar* y queda claro de qué se trata. Es la función que, en primera instancia, hacía en las cuartillas pautadas el mecacopista y después el linotipista en el linotipo. Ahora se hace de una sola vez. Y, es más, lo hace el propio autor que ya viene con el disquete en el bolsillo (observen que el galicismo ha sido ya castellanizado).

El humilde linotipista, el sencillo cajista y la sacrificada mecacopista (también mecanógrafa, pero ese vocablo fue sustituido por uno que parecía más técnico porque era lo único que hacía: teclear originales), fueron compactados en una especie de tres en uno. Un reciclaje formidable. Puede ser el autor o puede ser, entonces, el llamado *diagramador* el que trabaja el texto en pantalla. Cuidado, vamos con calma porque la confusión terminológica, más la condensación de funciones, puede crear una cierta entropía en lo que vamos diciendo. El caso es que los operadores de composición en frío —observen que la oposición se establece sobre la base del calor del plomo—, son, por la plaza que ocupan, técnicos medios en computación. An-

tes uno no tenía muy claro cuál era el nivel de los linotipistas y cajistas, pero sabían dividir perfectamente las sílabas para evitar cualquier partición incómoda a las buenas costumbres, y no consideraban que el marcaje de un libro fuera una cuestión de rutina, porque sabían que había más de tres soluciones posibles para la marcación de los títulos en cualquier valoración (este sería otro tema). No tomemos aquí en cuenta la readaptación de los antiguos mecopistas que han hecho un esfuerzo enorme por amoldarse a los nuevos tiempos, es decir, a la nueva y maravillosa tecnología que los hace más veloces, más eficientes, y han asumido con una diligencia tremenda el reto que impone el desarrollo. (En el fondo, es adaptarse o perecer.)

De pronto todo cambió. ¿Y dónde se advirtió el cambio? Pues en la página de créditos o página legal. Y sucedió lo que nunca antes había ocurrido. Ni el linotipista ni el cajista aparecían allí porque antes nunca habían estado. En alguna que otra edición muy especial, a veces se podía leer en el colofón que el libro se había hecho con tal o más cual familia tipográfica y se mencionaban los nombres de los operarios hoy extintos.

¿Adónde quiero llegar con estas reflexiones? La vida se ha hecho más compleja y los productos artísticos que solían tener créditos como los filmes, cada vez son más y más completos. Aparece el equipo de realización en pleno. Y parece justo. Entonces cabría preguntarse si están faltando créditos en los libros y estamos siendo injustos con todos los demás que participan en el proceso de elaboración de las distintas etapas. Sin contar con las restricciones del campo de acción del editor —ese sería otro tema—, que cuando se aborda suele afirmarse que los editores o hacen catarsis o terminan con quejas del tipo asamblea de producción al tratarse del área que consideran de su pertinencia. Pero lo cierto es que si se revisaran los libros hechos en el país como los de editoriales extranjeras se observará una amplia gama de variantes en relación con los nuevos «aparecientes» en la página legal. En numerosos libros españoles —no es el caso mencionar ninguno en particular— la diagramación o composición tradicional puede ser responsabilidad de un individuo o de una entidad poligráfica, solo que ahora está hecha con programas que pueden ser QuarkXPress o PageMaker. Es decir, se da el crédito a una persona o a una empresa. En otros libros se va más allá. Existe, además, la maquetación, que parece ser del

dominio del diseño, pero como de alguien que se encarga de ejecutar una concepción que es de la esfera del diseñador, que sí aparece como tal en los créditos. De este modo, reciben crédito el fotógrafo, el ilustrador (a veces; este es otro tema a partir de la extraña fórmula «basado en...») o el pintor del cual se ha tomado un fragmento (¡vivan los pintores y las pinacotecas!). Algunas veces aparece el corrector. No está muy claro quién es el redactor, pero se colige que tiene que ver con los trabajos de estilo y el editor es, quizás, el que aportó una parte del financiamiento o, en efecto, podría haber gestado el libro, lo cual lo acerca más al ideal que los editores nuestros tienen de su labor. (Consultar a Manuzio.) Crece la nómina de responsables de una edición con dos rubros más: *composición computarizada* (es interesante observar en este término nuevamente la vacilación; hay quien lo ha creado como composición computadorizada, bastante espantoso y casi impronunciable) y *diagramación*. Y eso no es malo. Se va pareciendo cada vez más a un equipo de trabajo.

Es curioso observar cómo el sentido de grupo se corporeiza o se diluye en otras esferas. Una intervención quirúrgica por sencilla que sea implica una respetable cantidad de personal altamente calificado. El paciente cuando vuelve en sí tiene un agradecimiento profundo hacia el cirujano, pero nadie menciona que su vida también estuvo pendiendo del anestesista y de otros profesionales de la salud. Del mismo modo ocurre cuando se habla de porcelana de Limoge. ¿Quién pintó unas flores de una manera y no de otra? En un auto del último modelo del año, ¿quién logró obtener una línea más aerodinámica? ¿Quién llevó a cabo el diseño de un vestido de un reconocido modista? (es espantoso, pero los españoles usan modista tanto para el femenino como para el masculino). Otro tanto sucede con los perfumistas. ¿De quién es la fórmula de tal fragancia de una reconocida marca? Pues bien, parece que vamos acercándonos al problema. Es evidente que en ciertas esferas de la producción como la moda, la perfumería, prima la firma. El producto final tiene un nombre y un solo padre. Y en otras regiones de la actividad creadora se afianzan más las individualidades, que también corresponden a especialidades —y especialistas— como en el cine. Entonces, ¿cómo enfrentar el nuevo fenómeno en el mundo del libro?

Sin restarle méritos a nadie y siendo justos, este es un buen tema para debatir en aras del mejoramiento de la calidad editorial. Un libro no está mejor ni peor hecho porque se pongan más personas en los créditos hasta llegar al chofer que transportó los ejemplares de un confín a otro confín de la Isla. La calidad estriba en algo que se nos está escapando en aras de esa maravillosa velocidad. Se está olvidando que el ojo que lee no ha cambiado, no se le ha puesto una nueva tarjeta de velocidad ni de mayor memoria. Por fortuna sigue siendo ojo porque te ve. Pero eso tampoco resuelve el planteamiento inicial.

Habría que estimular a algunos alumnos de nuestras universidades para hacer un rastreo histórico y ver cuándo surge este fenómeno, si tiene algunas regularidades, cómo se comporta por países, dónde se rompe con la tradición, cómo ser consecuentes con todos esos especialistas y técnicos. El autor, la editorial, quedan muy bien definidos en los términos de autoría y derechos, al igual que el diseñador (que merece otra reflexión aparte), pero el resto requiere de un análisis más atemperado con el cambio tecnológico que se ha entronizado, por fortuna, en la esfera del libro en general. Todo esto indica que en el proceso de transformación que está sufriendo el mundo maravilloso del libro se abren nuevas vías y debemos saber armonizar la tradición con el futuro que ya está aquí para el bien de todos.



Gutenberg ante la Biblia de 42 líneas